

son muchas las plumas que se hacen presentes en el volumen, el libro vale por una obra coherente, organizada y sin duda abarcadora.

PABLO MUÑOZ COVARRUBIAS
El Colegio de México

MARÍA JOSÉ RODILLA, *Escrito en los virreinos*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2004; 137 pp.

Con el número 21 sale a la luz éste, el volumen más reciente de la prestigiosa serie *Estudios de Cultura Novohispana*, dirigida por José Pascual Buxó. Se reúnen en él diez ensayos publicados en revistas o actas de congresos entre 1987-2001. Hábil, cuidadosa y a veces de manera sumamente entretenida María José Rodilla va conduciendo al lector con sus muy interesantes trabajos sobre el tiempo de la ocupación española, desde el siglo XVI hasta la época de la Ilustración. Tratamos aquí sólo algunos para invitar al lector a que se lance a la lectura y goce de los demás.

En el artículo con el que da comienzo esta recolección se analizan tres *icnociuatl*, o cantos tristes, escritos por tlatelolcas, pertenecientes a los *Anales históricos de Tlatelolco*, los *Cantares mexicanos* y al *Códice Florentino*. Tienen en común haber sido el recuento de testigos del paso aniquilador español por tierras que se convertirían poco después en la Nueva España. Describen con desgarradora precisión la destrucción producida por las batallas y la desolación anímica sufrida ante el terrible espectáculo, en el recuerdo posterior de la aceptación y la derrota. Pero, como anota la investigadora, la aniquilación total del individuo no se dio por la pérdida de tierras y vidas, ni por los vestigios sangrientos o las enfermedades desconocidas para los indios sino al comprender, como claramente vislumbró Muñoz Camargo, que habían sido abandonados por sus dioses y que el mundo, tal y como lo conocían, había llegado a su fin.

Otra cara de la misma moneda se presenta en el segundo ensayo, en el que se estudia *El peregrino indiano* (1599), de Saavedra Guzmán. El texto, perteneciente a la tradición épica, está circundado por la intención del escritor de presentar un poema histórico y, por ende, como prescribía Aristóteles, verdadero. Se añan a las características obligadas del género "dosis" de moralización, didactismo y temas amorosos, maravillosos y hasta del bestiario medieval, haciendo uso de tópicos como la falsa modestia, o la nave que a merced de las olas llegue a buen puerto gracias a la protección del monarca a quien dirige su obra para así consagrarse como poeta. Rociado de interés personal *El peregrino* incluye "lo maravilloso cristiano, con su carga de propaganda eclesiástica... tan considerable que Cortés, además

de guerrero y estratega, es un gran evangelizador” (p. 36). Apunta María José Rodilla que Saavedra incluye, además, comentarios biográficos al salpicar la obra con detalles de su vida; estas digresiones y el título mismo del escrito, a su modo de ver, indican —y aquí radica su novedosa interpretación— que el peregrino indiano quizá sea Cortés en su cruzada guerrera y labor de conversión así como también el mismo autor en su romeraje administrativo. Ambos personajes, ya con la espada, ya con la pluma, cohabitan en el propósito del autor de reivindicarse como criollo descendiente de peninsulares y así aminsonar su situación de desgracia al tiempo de escribir: no existe ya el pasado tranquilo que mantuvieron sus antecesores por lo que los vástagos de la realeza india y de los conquistadores enfrentan la postura, difícil de asumir, de la desposesión.

En el tercer ensayo se revisan las obras que dedicó Bernardo de Balbuena a las tierras americanas que produjeron en su mente tres textos laudatorios: *Siglos de Oro en las selvas de Erifile*, *El Bernardo* y la *Grandeza mexicana*. En ellas se recrean diferentes recorridos significativos. En la primera, un sueño que se pone de manifiesto en un viaje subacuático (las montañas de agua, estanques y manantiales); en la segunda, la vía maravillosa es el aire (por Campeche, Tabasco, Oaxaca, Michoacán, Jalisco y Tlaxcala) y, en la tercera, la ruta es ya, con los pies muy en la tierra, y en el tiempo presente del escritor, la ciudad de México. Presenta “una ciudad acorde con el proyecto colonizador, cuyos intereses debe defender el grupo letrado” (p. 47). Los dos primeros escritos son meras muestras de sendos modos de escritura: el pletórico de metáforas destinado al esparcimiento de Isabel de Tovar a quien está dedicada la *Grandeza*, y el político que refleja que el autor tenía en mente a dos autoridades importantes: el conde de Lemos, presidente del Consejo de Indias y el arzobispo fray García de Mendoza. Ambos sirvieron para, en opinión de Rodilla, conseguir la fama y favores anhelados por Balbuena, y permanecer en el Nuevo Mundo en el que —siguiendo el tópico de alabanza de Corte y menosprecio de aldea—, fuera de la ciudad de México todo era retraso y podredumbre intelectual.

De distinto tenor son otros tres artículos, de temas relacionados entre sí. El primero es sobre *La endiablada* (ca. 1624), del madrileño Juan Mogrovejo de la Cerda, regidor y alcalde del Cuzco. En esta muestra satírica de la pluma del autor español, el personaje principal es un diablo, Asmodeo que “hará la América”, enriqueciéndose con las almas podridas en el pecado que allí encontrará. Rodilla ve en ella una parodia del título de *La Cristiada* (1611) del dominico Diego de Ojeda, en la que el protagonista es Cristo y se desarrolla en tono de predicación. La investigadora revisa los componentes críticos y cómicos de la sociedad virreinal que mucho se parece a la peninsular y encuentra elementos similares entre la obra que analiza y el *Lazarillo de ciegos caminantes* (ca. 1775) de Alonso Carrió de la Vandra (o

de su amanuense indígena Concolorcorvo), *Los sueños* de Quevedo y el *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* del erasmista Alfonso de Valdés. Después de un cuidadoso sondeo comparativo del *Ridentem dicere verum ¿quid vetat?* de Lizardi (que Rodilla considera el primer cuento moderno mexicano) con *La endiablada*, la estudiosa concluye que el primero está arraigado en “la tradición de las letras peninsulares que también fructificó en el virreinato del Perú” (p. 60).

El siguiente ensayo trata sobre *El carnero* (1636-1638) de Juan Rodríguez Freyle que tuvo muchas actividades en su vida, ya que fue cronista, pacificador de indios, buscador de oro y hasta agricultor. La obra está ambientada en Nueva Granada y, aunque el autor dice haber tomado su información de los Autos de la Real Audiencia, no es una mera relación de sucesos, pues tiene muchos tintes literarios. Pertenece directamente a la tradición de los *exempla* y Rodilla le encuentra cercanía estrecha con *El Corbacho* de Alfonso Martínez de Toledo. Compuesta de “historietas” es una condena a las costumbres de la sociedad de las primeras poblaciones del nuevo reino y muestra la visión misógina del autor al presentar una profusión de mujeres de personalidades y ocupaciones diversas, siempre reprobables, que aprovechan las ocasiones propicias a sus devaneos y son la causa de los males del mundo.

Parecida al escrito anterior, en su enconado escarnio contra las mujeres y la crítica social, es la *Sátira a las cosas que pasan en el Pirú* (1598) de Mateo Rosas de Oquendo. Encuentra la investigadora que la obra está emparentada con *La endiablada* de Mogrovejo de la Cerdá en la desenvoltura de sus respectivas imágenes burlescas y groseras sobre las mujeres del Perú colonial, de cualquier condición o estrato social, en contraste con la percepción objetiva del viajero francés Amedée Frezier o la oficial del funcionario de la Corona, Carrió de la Vandra. Verdadero lobo con piel de oveja, Rosas de Oquendo aparenta defender a las mujeres al advertirles de las argucias de los hombres, cuando en realidad es un misógino encubierto, debido —en opinión de Rodilla— a que nunca recibió favores de las féminas, lo que se advierte en su sentencia: “Yo debo de ser capado / pues no me socorre nadie” (p. 82). Entresaco del entretenido artículo sólo un ejemplo: las mujeres son “casadillas”, “bellaconas”, “donsidueñas” y los vapulados varones “infelises”, “quexosos” o “pobres pasientes” (p. 83). Así, durante la Semana Santa, en fiestas, procesiones, al evocar bailes lascivos o la costumbre de las rebeldes “tapadas”, en las calles o en la intimidad, el universo de la *Sátira* es un mundillo sui generis en el que no se respetan los espacios y en el que todo es pretexto para la deshonestidad, como dirían en la época. En esta revisión se estudian y cotejan textos de viajeros y de autores satíricos para indicar que el *quid* está en los referentes de la cultura oficial de la metrópoli de los primeros y la condición de ser portavoces de los

males sociales de los segundos, pues todos son “predicadores de ese mundo al revés y carnalesco” (p. 88).

No es fácil encontrar en libros especializados como es éste la conjunción del análisis detallado, el rigor académico y el entretenimiento, elementos que inevitablemente traen a la mente la vieja máxima de enseñar y deleitar. María José Rodilla lo dedica a sus estudiantes: el rescate y escrutinio de obras poco conocidas, aunados al conocimiento palpable de la investigadora son muestras claras de su labor de guía que va más allá del salón de clase. Y es que no se trata de ensayos que sólo tienen en común la época en que se produjeron, su localización geográfica o sus temas relacionados. Se complementan, además, con la tradición literaria de la que provienen y con finas comparaciones entre ellos. Asimismo, revelan la intención de su autora de ofrecer unas piezas más para ayudar a desbrozar y a la vez seguir armando el complicado rompecabezas que significan los llamados estudios coloniales.

MARÍA ÁGUEDA MÉNDEZ
El Colegio de México

SEBASTIAN NEUMEISTER (ed.), *Baltasar Gracián: Antropología y estética. Actas del II Coloquio Internacional (Berlín, 4-7 de octubre de 2001)*. Edition Tranvía-Verlag Walter Frey, Berlín, 2004; 336 pp.

2001 fue el año del cuarto centenario del nacimiento de Gracián. Como no podía ser menos, con este motivo se organizaron diversos congresos y coloquios en torno a su obra. Este libro recoge los frutos del celebrado en Berlín, que ya contaba con un antecedente en 1988. Los trabajos están divididos en cuatro secciones: I: El pensamiento de Gracián; II: En cuerpo y en alma (sobre la antropología graciana); III: Gracián en sus contextos, y la algo vaga IV: Gracián y la vida. Antes, sin embargo, el volumen se abre con un texto del padre Miguel Batllori titulado “Medio siglo largo con Gracián”, un aleccionador repaso biobibliográfico de este gracianista pionero, fallecido poco tiempo después (en la portada de sus memorias, *Recuerdos de casi un siglo*, El Acantilado, Barcelona, 2001, aparece una fotografía suya con una imagen del autor de *El criticón* al fondo, y es justo, pues Gracián fue en efecto la compañía de toda una vida y, como señala en estas páginas, un modelo en muchos sentidos).

La primera parte comienza con el trabajo de Mercedes Blanco, “Gracián y el método”, en el que a partir de la idea de éste se formula una lectura de la obra graciana como propuesta de un método cuyo fin básico sería la formación de personas (con todo el significado